



Solidaridad e (in)comprensión de los de los refugiados en *Aisha* (Frank Berry, Irlanda 2022)

Por Igor Barrenetxea Marañón
Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

El director irlandés, Frank Berry, de una breve pero estimable filmografía, con títulos como *I Used to Live Here* (2014) o *Michael Inside* (2017), nos propone una de esas realizaciones tan necesarias para los tiempos que corren para sensibilizarnos con los hombres y mujeres que provienen de otros países buscando la seguridad de Europa. Pues, sus historias y penalidades son tremendas. Así, con

una fotografía pulcra, sencilla y clara nos va desgajando las vicisitudes de una joven nigeriana, Aisha Osagie (una magnífica Letitia Wright) que lucha por obtener su certificado de asilo en Irlanda. Berry pone rostro y emociones a quienes vienen a Europa no por capricho o para vivir de la sopa boba, sino huyendo, en circunstancias extremas, de la muerte en sus países de origen. Sin embargo, a pesar de los esfuerzos que hace la joven, su integración no es sencilla.

La situación de los refugiados o migrantes despierta un falso paternalismo o una fría incomprensión. De esta manera, el devenir de la joven se encamina a permitir al espectador descubrir por sus propios ojos un recorrido vital y regresivo, por el que la protagonista se verá conducida y empujada a diferentes centros de acogida, cada cual en condiciones un poco peores que el anterior, mientras el sistema, insensible y esquivo, rechaza una y otra vez sus reclamaciones para que le reconozcan su status. Berry sabe imprimirle a cada plano y escena un realismo que destila incomodidad.



DOI: <https://doi.org/10.1344/fh.2023.33.1.533-536>

Copyright © 2023 Igor Barrenetxea Marañón

Copyright de la edición © FilmHistoria Online, 2023. Todo su contenido escrito está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-No comercial-Compartir bajo la misma licencia 4.0.



Los grandes silencios y la economía de palabras de Aisha no son sino el reflejo de una tormenta interior, ante la impotencia de no poder luchar contra un mundo que le da una y otra vez la espalda ante cualquier gesto de protesta. En el primer centro donde se nos presenta a la joven, se establece bien la cosificación que padecen.

Así que cuando Aisha debe recoger una carta en la recepción (que le puede dar noticias de su proceso para quedarse), el guardia de seguridad le exige su identificación (aunque sabe perfectamente quién es), que el tiempo que emplea en ir a buscar le acarreará perder el autobús que le lleva al trabajo. Pero eso no le hace ceder al guardia, no hay ninguna facilidad ni comprensión por su parte. Tampoco se revela ninguna asertividad por parte de la policía, al principio, cuando acude al centro para desalojar a una familia que vive en el mismo

cuarto que Aisha y ella es la única que intenta consolar a uno de los niños, a los que tratan como si fuesen meros delincuentes. Y no, no lo son. La mera posibilidad de que puedan repatriarles, devolverles a sus países de origen, es terrible para cualquiera de ellos, pero la incapacidad de ponerse en su lugar es absoluta. Al menos, en el caso de Aisha, sabemos lo que podría repararle.



Las actitudes de aparente rebeldía de Aisha, como adquirir su propia comida (halal, la permitida por la ley islámica), y no la que dispensa el centro (que duda que sea la tolerada por su religión), no sólo obtendrán el

rechazo frontal del gestor del centro, sino su desconfianza y, finalmente, por



ese mismo motivo su expulsión. Allí no quiere a *insubordinados*, sino a personas sometidas y domesticadas, como si por el simple hecho de ser foránea deberían resignarse y no tener derecho a réplica. De una manera sutil, sin ninguna clase de adornos, la realización adquiere un carácter testimonial, cuando incluso otras mujeres del centro, a las que Aisha atiende como esteticista, le confiesan sus distintas situaciones e impresiones de indefensión. De ningún modo podrían hacerlo públicamente. Y esa

misma impotencia es lo que lleva a Aisha a guardar muy adentro no sólo su rabia, sino su propia historia trágica, la que le ha llevado a huir de Nigeria, que iremos descubriendo, y que resulta inapelablemente dura y desgarradora.

Como ingrediente de contraste, pero también de esperanza, un buen día aparece en el centro un nuevo joven guardia de seguridad, tímido y discreto, Conor Healy (Josh O`Connor). Observa las humillaciones por las que debe pasar Aisha, pero no sabe cómo entablar conversación con ella, aunque coinciden en el trayecto en autobús que ambos hacen a la ciudad (ella para trabajar, y él porque acaba su turno de noche en el centro), hasta que le hace el favor y le guarda un taper con comida. Si bien, al principio, Aisha reacciona de forma recelosa y hostil, pronto entenderá que Conor no es como los demás, es una persona



sencilla y honesta, que no tiene nada que ver con su jefe y compañeros.

Es más, a medida que se van conociendo, el joven revela su propio devenir amargo y desangelado. Es lo que le hace ser tan empático con Aisha. Sin embargo, esa obstinación, que tanto exaspera al gerente del centro, acaba por hacérsela pagar, trasladándola a otro centro ubicado en el campo, y obligándola a tener que dejar su trabajo como peluquera (y renunciar al poco dinero que gana y que envía a su madre, en Nigeria).

Esta indefensión de Aisha demuestra, una vez más, que los refugiados viven al albur de un sistema caprichoso e injusto, en donde, los lugares supuestamente de acogida, se asemejan más a cárceles de régimen abierto. Otro personaje de interés, aunque secundario, es el abogado de Aisha, Peter Flood (Lorcan Cranitch), quien se esfuerza por llevar a cabo una

defensa adecuada de su caso, indicativo de que, a pesar de todo, hay personas honorables. Aun así, es una batalla legal imposible de ganar. Con todo, a pesar de las adversidades que encarará Aisha, y que la van a afectar psicológica y anímicamente, Conor estará siempre a su lado. Su lealtad se basa en el respeto (no la compasión), un elemento clave, de ahí que ella se acabará sintiendo tan cómoda con él. Berry conduce con una autenticidad objetiva y sencilla una película que radiografía (y denuncia) sin florituras la situación de indefensión y desesperación de tantos hombres y mujeres que llaman a la puerta de Europa con un solo propósito: hallar la seguridad que no existe en sus países.

Es, por ello, un estimable alegato por los migrantes, por estas personas que únicamente anhelan un lugar donde vivir dignamente, como lo haría cualquiera de nosotros.

T. O. Aisha. Irlanda, 2022. Productora: Subotica Entertainment Ltd. Dirección: Frank Berry. Guion: Frank Berry. Música: Daragh O'Toole. Fotografía: Tom Comerford. Reparto: Letitia Wright, Josh O'Connor, Abdul Alshareef, Ruth McCabe, Joanne Crawford, Emmanuel Okoye, Geraldine McAlinden, Corey Millar, Christopher Livingstone y Bernadette Carty. Duración: 94 min.